

CELIA VIÑAS



Nada más dar la señal de salida para el homenaje a Celia Viñas se puso en marcha el molino de la nostalgia, el recuerdo de los que ya han cruzado el cabo de buena esperanza, que, como se sabe, es una edad demasiado seria. Eso y la necesidad del mito, abonado quizá por el profundo vacío intelectual de una ciudad desencantada movieron a abrir de nuevo los viejos aromas del arca. Y la verdad sea dicha: tratándose de Celia Viñas todo el mundo, viejos y jóvenes, han estado prontos a colaborar.

Celia Viñas conoció también algunos sinsabores en esta tierra suya, trigo de su corazón. Pero ya nos advirtieron los místicos que el trigo debe morir y ser enterrado si quiere luego florecer. Su entierro, hace ahora treinta años, fue una auténtica manifestación de duelo popular. Una prueba clara de lo mucho que dejó sembrado esta hermosa personalidad coagulante, lo vemos también ahora, en el inicio de esta primavera 84.

Profesores alumnos que fueron de ella, y que de ella bebieron el elixir del amor a la belleza que marcaría de por vida su trayectoria intelectual, se han unido al homenaje. También los poetas y los pintores jóvenes. También los niños, los que nunca tomaron contacto vital con aquel inmenso resplandor, una vez encendido más nunca apagado, han querido sumarse a la fiesta del corazón. Y ahí están los resultados. Miles y miles de dibujos, poemas, canciones, charlas, conferencias, nostalgias y anécdotas quedarán ya como una fronda, como un hito floral en mitad de este marzo.

LA VOZ DE ALMERIA ha querido contribuir al homenaje. Nuestra labor fue muy fácil. Llamamos a los que fueron sus amigos de entonces, sus alumnos de entonces, y nos ha llegado un inmenso original, con participación incluso de los que, sin conocerla, sintieron tocados alguna vez el magisterio de Celia. Como simple coordinador de este número extraordinario, quiero agradecer la colaboración desinteresada, y a veces hasta dolorosa, de todos los nombres que aquí aparecen: Gabriel Espinar, Jesús de Perceval, José Andrés Díaz, Francisco Martínez Navarro, Diego Domínguez y Manolo Domínguez, autores de los dibujos, Arturo Medina, marido de Celia, y Pura López.

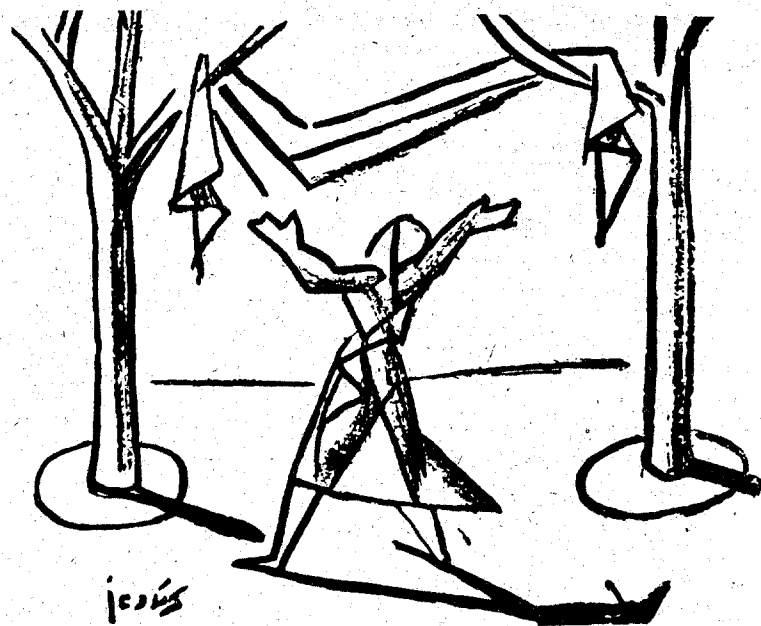
Kayros

Homenaje

Las Cartas y el teatro

Cuando conocí a Celia, entre humos de café y cigarrillo, dichos y dicharachos, versos y dibujos sobre el mármol (primicias del ingenio, Tertulia de la Granja Balear), entre una pandilla de locos admirables o talentos indescritos, nos pusimos a hablar, en apartes que a pocos interesaban, sobre teatro. Los temas de farsa, los de la cuarta pared, la abierta al diálogo eran casi exclusivos a nosotros dos. La sorpresa fue, entonces, el hacernos en la Tertulia con el drama inédito de Federico «La

Casa de Bernarda Alba». ¡Y cómo se animó la «escena»! A su lectura surgieron algunas contradicciones... pero eso es otro cantar y contar, que algún día haremos y con sólo la letra. Pero los indalianos pintores hubieron de encajar, por primera vez, un buen golpe teatral. Y fue decisivo: la «revolución» por el Teatro se había iniciado. Celia había de poner la dinamita (ella era la misma dinamita), aunque acabara siendo cuestión de Cátedra.



misiva, con alusión a mi obra:

«¡¡¡Prohibido olvidar!!!»

Prohibido olvidar que el día 25 de enero, viernes, se celebrará la tercera Tarde del Sábado en el aula de Literatura. Y que será en honor de los Ilustrísimos Sres. D. Gabriel Espinar, D. Néstor García y D. Antonio Guil, que se marchan rumbo al Cairo, digo a Huércal.

Las brujas os desean un feliz día de vuestro santo y os dan un caramelo a cada uno.

Prohibido olvidar que esta invitación es para Conchi Llorca, D. José Andrés Díaz y Quino Santaella.

Prohibido olvidar que se leerán unos magníficos poemas originales de D. Gabriel Espinar, insigne vate, ciudadano de Almería y de España, y que sabe pintar brujas. Yo no sé, por eso no lo hago.

Queda, pues, aclarado: el ilustrador de brujas era Gabrielico.

En otra ocasión la farándula fue por barrios. Una compañía de «Cómicos a la legua» estableció su barraca (madera y lona) en un descampado (lo era entonces la avenida de la plaza de toros) justo enfrente de un chamo de cañas con pretensión de merendero castizo, aunque de menos vino y más aguaducho para refrescar.

Compré entrada de «silla», la única. Y fui sin importarme la obra, sino «el teatro», su montaje, su piqueta, su entronque popular. La obra, de finales de siglo, se titulaba «Tierra Baja», un melodrama grandilocuente de Angel Guimerá, pero muy divertido en gestos y aspavientos, que exageraron los actores, con mal disimulado acento catalán. Pero los que allí estábamos pudimos tocar el «suelo» del drama humano.

En el primer entreacto supe que Celia estaba allí, también, cómo no. A la salida hablamos los tres, contando la alumna de compañía, de la que no supe su nombre o no recuerdo. Fue ésta la que opinó primero:

—Son muy primarios los sentimientos en estos personajes.

—Si te refieres a Manelic —terció Celia— me recuerda al «buen salvaje» roussoniano. La inocencia en Naturaleza se quebranta por la malicia social. Este pastor simboliza la pureza.

—Muy bonito —digo yo—, pero imita a su oveja matando al lobo, a mí esos planteamientos, la verdad, no me harían bajar de la montaña. La corrupción se venga por sí sola.

—La clave del poema no está sólo en la idea, sino en su catarsis purificadora —me respondió Celia, muy metida en los clásicos griegos—

—En otro sentido —dije— me parece que fuerza en demasía la expresión del lenguaje, ¿no os parece? y abusa del monólogo; de largos parlamentos...

—Eso sí. Y de excesivos apartes. Pero gustan esas reacciones violentas, de gran drama, con patéticas resonancias que levantan a

una de la silla. —acabó diciendo mi «contrincante»—

Celia me hizo recordar algo (¿quizá de Shakespeare?) así: «Son como ideas que se disparan con honda». Y el héroe salva, porque el teatro es así, y juega con todo.

Esto no hace para que Celia se entregue al montaje de «La Casa de la Troya», trabajo de ligereza con el que hace concesiones al capricho y al recreo de sus estudiantes. Y se completa poniendo en escena «Suspense en amor» de Ladislao Fodor, y en donde intervienen, creo recordar, Andrés de Santos, Carmina Rodríguez, Antoñita Sánchez Bonilla y Manolo Rodríguez de Soria. Este último hizo luego una gran labor dirigiendo el TEA (Teatro de Ensayo Almeriense), del que en otra ocasión hablaremos.

Celia me repite su mensaje: Te espero en «Pigmalión». Y que estuve allí lo acredita mi comentario crítico del 11-3-51. Un extracto, marginando la tesis de la obra, para afianzar la memoria con algunos nombres:

Higgins —Antonio Ramón Bernabé— un Leslie Howar redivivo.

Elisa —Nené Arigo Espa— con delicio argot barrobajero, y de bien sonado «uyuyuy» que se ganó arrebatados aplausos.

Coronel Pickering —Francisco Cruz— medida, comedimiento.

Mistress Higgins —Maruja Feldman Sáez— encantadora e inteligente.

Alfrédo Doolitte —Quino Santaella— supera el falso convencionalismo de su personaje.

Clara —Carmen Márquez— correcta, pese a su innominado papel.

Doncella —Emelina Núñez— un adorno de magnífica belleza.

Mistress Pearce —Martirio del Moral— un ama de llaves que cumplió sin desentonar.

Freddy —José María Cruz— corta y rápida actuación.

Mistress Eynford Hill —Celia Viñas— garbosa, con la propiedad que hace respetable el fino sentido de una característica.

Celia fue, sobre todo, el alma de este tinglado teatral.

Y termino, por ahora, con noticia del estreno, en el Teatro Apolo, de «Plaza de la Virgen del Mar», original de Celia Viñas Olivella y Tadea Fuentes, comedia en tres actos en prosa y verso. Trabajaron en ella: Celia, Tadea Fuentes, Francisco Cruz, Joaquín Quinol Santaella, Lorenzo Sánchez, Pilar Martínez, Carmita López, Torres Rollón, Fernández de Córdoba, y otra comparsa menor. No olvidemos a Perceval, que actuó de maquillador, aquí y en otras muchas obras de Celia. Yo anuncié el estreno en mi columna «Mirador», otra concepción de la Plaza y que puede ser llevada al teatro alguna vez, cuando sienta llegada esa nostalgia de juventud que puede —dicen— con los años, mientras se acaban.

José Andrés Díaz

Mientras esto llegaba, captando adeptos en su alumnado de Literatura, vivía Celia embargada en la poesía. A las páginas poéticas del periódico «Yugo», que yo llevaba por entonces, me asateaban estas misivas de Celia:

«Amigo Andrés: Va un poema del PAN, bueno, a la cesta del pan. Tengo tres sonetos a tres cuadros que enviaré esta tarde al periódico.

A Venus y Cupidillo

A la sangre que es más dulce que la miel

A la tartana fantasma

Y unos endecasílabos blancos de tono general con el lema de Federico de geometría y cristales.

Me tienes toda la noche rimando. ¡Qué espanto!

Adiós... me voy a tomar el sol.— Celia.

No había terminado yo de sonreír, y acaso de respirar, entre versos, pues era de fuerte latido, recibo esta otra:

«Amigo Andrés: Va el resto y no va más... Desde luego prefiero el PAN o el soneto «La sangre es más dulce que la miel»... pero a vuestra discreción y necesidad... Que os sea leve

¿Cuándo vas a venir a nuestras emisiones?

Lo pregunto con intenciones de que nos escribas algo en tu Mirador... Muy amiga tuya.—Celia.

Entre duelos y quebrantos, y otras alarmas, me escribe:

«Amigo Andrés Díaz: Me encuentro esta mañana con la sorpresa de que no se ha publicado en el periódico como todos los martes la ficha de la emisión de hoy... Y precisamente la de Julia Estevan. Como me dijiste que la chica estaba recelosa te voy a pedir un favor. Publicadlo mañana con un buen título, así como

«Radio Almería en Homenaje a Julia Estevan y a la poesía Almeriense». Y encabezad la ficha con algo como

Ayer en el Martes Poético de Celia Viñas tuvo lugar un sencillo homenaje a la joven poetisa almeriense etc. etc.

En tus manos entrego mi espíritu

Siempre amiga tuya.—Celia.

Y pasaron los días. Celia, que seguía con su afición de calidad por el teatro, empezó a hacer «tablas y tablillos» hasta elevarlos a categoría de retablo. «El colmenero divino», «Las bodas de Camacho», «Retablo de las Maravillas», «El Cartero del Rey», etc. etc.

Se iba a montar en el Instituto, en un rincón del patio, la obra de Ramón Gómez de la Serna «Escaleras». Algo fallaba cuando recibo esta misiva:

«Querido amigo y periodista nuestro: Van unos programas...

¿Puedes ayudarnos en esta captura de Santaella?

Agradecidísima. Siempre amiga tuya.—Celia.

Todo se solucionó. La obra salió perfecta. Le dediqué, cómo no, un comentario que se emitió por Radio Juventud dentro de mi emisión «Teatro en las ondas». Por su valor testimonial, por el interés personal de cuantos participaron, y no dejar perdido nada que afecte, en su homenaje, a nuestra querida Celia (yo también «siempre amigo suyo») lo vamos a insertar en estas mismas páginas.

Un día, enterada de que había puesto la palabra «Telón» a mi pri-

mera obra «¡Prohibido olvidar!» (Título que se cambió luego, al ser estrenada en Barcelona, por el de «El hogar de nadie»), me la pidió Celia para leerla. Luego me enteré que estaba siendo estudiada, analizada en su Cátedra de Literatura. Terminó siendo representada por sus propios alumnos (cada semana un Acto) en Radio Almería. La propia Celia interpretó un personaje —el de característica—, «Enriqueta», el de mayor tensión dramática, y recuerdo que «lo bordó», tal se dice en el argot teatral. Desde entonces no puedo desvincular este personaje con el de la amiga. Es, por tanto, un personaje que no puede morir, porque un día se hizo realidad, con voz de creación, y habitó en la memoria, ese ensayo eterno que no sabe por dónde va la última palabra, y es creadora de esperanza.

Meses antes de morir Celia (nov. 1953), apareció este recuerdo en «Impetu», revista de juventud, donde se iniciaron poetas y escritores de aquel Parnaso o parnasillo de estudiantes. Decía en él Eusebio Mpreno de los Ríos:

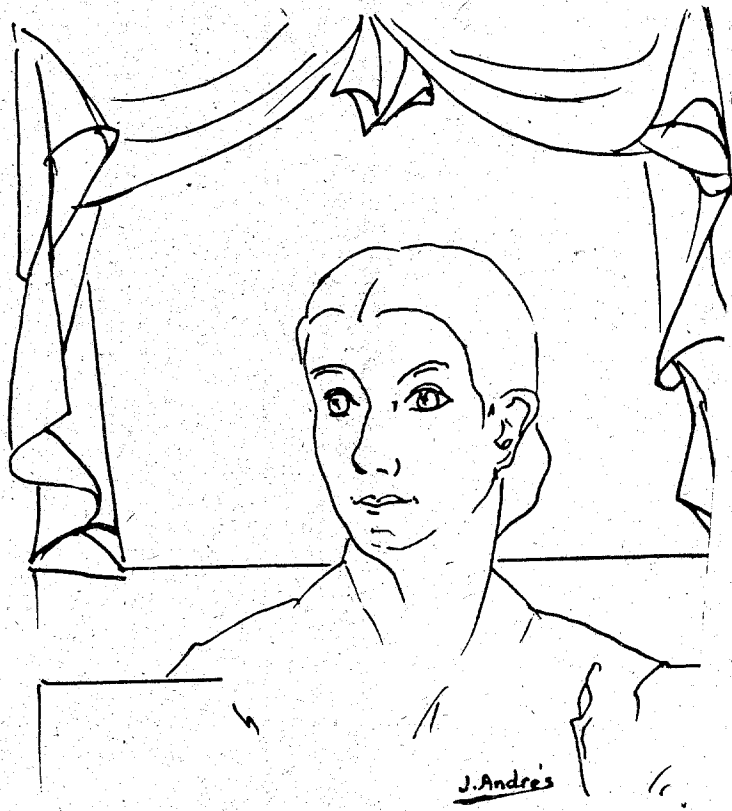
«Nuestro teatro radiado («Tea-

daba a los jardines de Conde Ofaña, y llevando un libro bajo el brazo desnudo (como una pluma bajo el brazo del cuento). «Tómalo —me dijo—, lo traía para tí. Qué oportuno encuentro ¿verdad? ¿Verás qué bueno; es de Montherlant! ¿Lo conocías? Y como resultó que sí, que me había anticipado a esta curiosidad, pues nos dimos al paliq ue literario. Creo que quedó poco que desmenuzar, bajo la amparadora sombra de un árbol (a la razón frondosos), entre pájaros y niños pugnando en rizos y revoloteos a cual mejores.

Se trataba de «El Maestre de Santiago», de reciente estreno en España. Mis criterios, pese a la voluntad del autor en reflejar el espíritu de Castilla y su alta estima por la bondad inherente al caballero español, no eran conformes con la forma fría esquemática que templaba el lenguaje.

—Puede que sí —observaba ella—, pero no me negarás que hay altura de miras y una buena estilística.

—No te lo niego, refleja austeridad, humanismo, pero lo interpreta a su modo, con mentalidad francesa. No penetra en las esen-



tro Invisible») ha ofrecido al público de Almería desde un «Romeo y Julieta» hasta «La importancia de llamarse Ernesto», sin olvidar obras tan poco conocidas como «Sakuntala» de Kalidas, «La Anunciación de María» de Claudel, «La Hidalga del Valle» de Calderón... y tantas y tantas otras. ¿Cómo hubieran llegado al gran público, sin nosotros, obras como «Prohibido olvidar» de José Andrés Díaz, la «Plaza de la Virgen del Mar», de nuestra profesora Celia Viñas y nuestra compañera Tadea Fuentes, o nuestra misma obra «Los vencidos»?...

Celia Viñas, alguna vez, me sorprendió con un libro. Una tarde, montada en grado primaveral, salía del Instituto por la puerta de los «perdoneos» (así la llamamos los escurridizos estudiantes, los de «zonga» y paseo enamorado) que

cias de un personaje que me gustaría «más nuestro».

Y así hubimos de acabar, cómo no, en Jean Anouh, en Thornton Wilden, en Noel Coward, en Ladislao Fodor...

Otra misiva. En un recuadro, «Sábado-3 noviembre: a José Andrés Díaz.

Invitamos a la Primera Tarde del Sábado:

Lectura de un poema dramático de Agustín Gómez Arcos, Eusebio Moreno de los Ríos, por sus autores.

Aula de Literatura, 6 1/2 Instituto.

(Al respaldo un dibujo con una bruja. Parecía obra de Celia por sus referencias escritas, «Santa Valpugis, bruja, escoba» que son caligrafía de Celia, de vocales abiertas, como su espíritu). Pero luego viene la aclaración, en otra

LEER A CELIA

Leer a Celia Viñas ha sido el paliativo que me quedó a mí, como a cuantos por diversas cuestiones no la hemos conocido personalmente, para aproximarse a ella, para asomarme a su sentir, para recibir de ella su semilla.

Celia: Cereal-trigo-viñedo-olivo, se sembró de las dos formas más hermosas y más certeras que una persona puede hacerlo: Se sembró en las gentes y se sembró en sus poemas.

Primero fue la palabra entusiasta, entusiasmada de quienes la conocieron los que la acercaron a mí como una maestra de cuento y como una persona irrepetible. Fue la ausencia de mi bachillerato, la envidia sana de quienes la tuvieron como profesora y la fantasía de que era imposible que nunca me encontrara con ella.

que la estás oyendo, viendo, sintiendo.

Se inmoviliza el tiempo. Almería reseca y dolorida se adormece, como hace más de treinta años y ella con su mano decidida de maestra se adentra en el paisaje de esta tierra y te hace sentir el latido desnudo de sus cerros, la trágica belleza de sus ramblas donde a veces florecen las adelfas, te lleva a comprender la soledad y la dureza de este desierto; pero lo hace con dulzura, sin resentimiento, sin frases grandilocuentes, porque este tanto pedregal y tanto polvo ella mantiene viva la esperanza y

No cabe duda de que busca lo que ofrece un corazón que se eleva y una mano que te afirma (qué conjunción más perfecta) por eso es normal que te descubra y que te alegre con olivos elegantes, higueras que son promesas de mieles, naranjos, contentos, uvas generosas. Por eso es normal que te traspase en hitos de fervor, de ascetismo, de misticismo casi me atrevería a decir; porque detrás de las soledades y desiertos de su alma está la respuesta de un Dios al que da gracias por el canto, la fuentes....

Por eso es normal que te haga sentirte más humana cuando te habla del dolor por el que sufre y se alegra en alborozados versos por el que está gozoso.

Pero no se expresa nunca en un tono negativo ni de reivindicación, sus brazos abiertos como su mar parece que quisieran abarcarlo todo buscando una sinfonía de comprensión.

No quiso dejar su obra teñida de amarguras, esto hubiera sido imposible para ella, que ofrecía la sal y el pan de su amistad y el abrigo de su fuerza de muralla.

Por eso es normal que te haga sentirte más sensible, más abierta a la ternura cuando lees sus poemas para niños, poemas que quiere que sean alegres y por eso el lobo se hace amigo de la niña mala. Te limpia la mirada porque son limpios sus poemas «nacidos del corazón» y limpio y claro su decir. Que no necesita Celia de enrevesadas palabras ni de frases retorcidas para decir lo que siente: Amor-Vida-Comprensión, por eso no le importa descender al castellano de a pie, que cuanto más claridad más belleza y mayor entendimiento y mezcla en su universalidad mediterránea, en una coctelera mágica; el lorito real, con el fondo negro del Cristo de Velázquez quintillas al siglo de Oro, con décimas a la guitarra, canto a sus islas... para sacar ese combinado maravilloso que era ella: persona, mujer de carne y hueso, trasplantada a un mundo de esperanzas, sin dejar por eso de saber de amargura.

Celia dió en el secreto de encontrar el gozo en lo cotidiano de saber aprovechar cada momento, de disfrutar de todo y con todo y ver también el lado positivo de las cosas. Tendió puentes a unos horizontes más amplios y brotó como un árbol-profecía certera— como ahora estamos viendo, que multiplica y extiende su semilla. Es tan fácil por ser tan transparente bucear por sus poemas que recalaremos siempre en un islote esperanzado, donde encontraremos su mano segura y su corazón de pino. Que repito Celia vive reencarnada en ese árbol profético, que nos acoge con su sombra a todos los que acudamos cansados de soledad y desencanto o ansiosos de savia nueva, guiados por la magia invisible del hilo de sus sinceros versos.

Pura López Cortés

Recopilada por Carmen Conde

PRESENCIA EN UNA ANTOLOGIA FEMENINA

Carmen Conde publicaba en 1954 una antología lírica titulada: *Poesía femenina española viviente (1)*, en la que venía a reivindicar para la mujer poeta en nuestro país una voz, una sensibilidad y una altura paralelas a las ya reconocidas en el hombre poeta.

El prólogo en que anunciaba esta declaración, no exento de un cierto feminismo (por algo ha sido Carmen Conde la primera mujer en entrar a formar parte de la Real Academia de la Lengua); señalaba también el componente distintivo existencial que podía apreciarse en la mayor parte de esa poesía que antologaba y a la que venía a calificar como **grave**, en el sentido de **trascendente**; y con **angustia**, así como apuntaba algunos nombres en relación con la llamada «poesía social»: Gloria Fuertes, Concha Zardoya, Ana Inés Bonnin y Angela Figuera



Pasaba seguidamente Carmen Conde, en el prólogo a la primera edición de su antología, a ofrecer una larga lista de nombres que ilustraba con algunos perfiles biográficos y críticos relativos a cada autora. En esa lista, que comenzaba con Alfonso de la Torre, al referirse a Celia Viñas Olivella, lo hacía con estas palabras: «Entusiasta y emprendedora capitana de todo lo que la Almería cultural de nuestro tiempo está haciendo desde que ella vive allí y allí ama (...). Sus poemas a los niños, sus ilusionados poemas de amor son una lección de alegría, de fe, de esperanzado caminar por la gran tierra de una cordialidad sin equivalentes. Si en el mundo existe alguien capaz de hacerlo todo con un absoluto fervor poético, de entregarse hasta la exhaustación a una obra de arte, a una empresa de cultura, de divulgación literaria o defensa de los valores eternos se llama Celia Viñas. Criatura irradiante, comunicativa, es autora de una poesía, en verso y en prosa, llena de sensibilidad».

Evidentemente, en tan numerosa y abultada nómina; se incluían una gran diversidad de tendencias personales y de peculiaridades, aunque podían trazarse grandes líneas de estética, ética y temática comunes en la mayoría de los casos. No eran, pues, precisamente, las que podríamos denominar como pertenecientes a una escuela común, ni siquiera a escuelas comunes.

En 1967 la editorial Bruguera de Barcelona, realizaba una nueva edición de esta antología, volviendo a reeditarla posteriormente en el año 1970. Precediendo a esta nueva edición, Carmen Conde colocó un pequeño prefacio anunciando que el volumen constituía el primero de una *Antología de la poesía femenina contemporánea*, que abarcaría hasta la más joven de las autoras actua-

les. En esta oportunidad incluía —en sus propias palabras— «a aquellas que conozco mejor, de las que poseo una información capaz de permitirme un juicio positivo que me autoriza a incluirlas». El nombre de la antología había cambiado ahora levemente: *Poesía femenina española (1939-1950)*; e iba dedicada a la poetisa Clemen- cia Miró, hija del gran estilista alicantino Gabriel Miró, que había fallecido el 26 de julio de 1953.

Se incluye una nómina de 26 poetisas, entre las cuales va registrada la propia Carmen Conde. El criterio seguido en el orden de aparición no es otro que el alfabético, comenzando en María Alfaro y concluyendo en Concha Zardoya.

Preceden a la selección de textos de cada autora unas ilustrativas líneas biobibliográficas, y estéticas particulares. Y en el caso que ahora nos ocupa, el de Celia Viñas, diremos que Carmen Conde selecciona un total de onde poemas, cuyos títulos y páginas son —según la edición de 1970—, los siguientes:

1. «Cantar a la vega»: Págs. 407-408.
2. «Virgen de los lirios» (trío de sonetos): Págs. 409-410
3. «Cancioncilla de San José, novio manero»: Págs. 411-412
4. «A un bloque de mármol en el puerto de Almería»: Pág. 413
5. «Tres sonetos a la uva de Almería»: Págs. 414-415.
6. «De Almería la seca a Castilla»: Pág. 416.
7. «El fondo negro del Cristo de Velázquez»: Pág. 417
8. «Cancioncilla de muleros»: Pág. 418.
9. «Lluvia en un jardín andaluz»: Pág. 419
10. «Gallo»: Pág. 420
11. «Virgen del Carmen»: Pág. 421.

Altamente significativo es el prefacio autobiográfico de la propia Celia Viñas que antecede a sus poemas. En él la poetisa habla de su mítico nombre y de sus apellidos catalanes, de su lugar de nacimiento en Lérida, sus estancias en Mallorca y luego en la Universidad de Barcelona, así como de su amistad y afinidad con el grupo mallorquín de «Raixa». Tras hacer referencia a su obra publicada, lo hace de la inédita y cita las dos novelas que presentó al premio Nadal, así como su accésit al Nacional de literatura.

«No sé cuando me moriré, —concluye Celia—, pero tendré una de esas tumbas sencillas con mi nombre solo: «Celia enseñó lo que aprendió de los niños». Claro, nadie irá a este cementerio porque los que me aman prefieren la vida siempre, ¿no?».

José Antonio Sáez Fernández

(1) Ediciones Arquero - Castilla, 1954. (personalmente he manejado la 2ª edición realizada por Editorial Bruguera, de Barcelona, en 1970).



Esa fantasía cobró realidad dentro de su palabra (Legado siempre vivo de su espíritu en nosotros).

Mis lecturas de Celia me han llevado a ese encuentro. Descubrí todo lo hermoso que me habían contado de ella y más; porque la sencillez elegante de su verbo te hacen sentir tan cercana que parece

le canta a la sierra rica de metales que duermen sueños de milenios y canta alegre a los vergeles que surgen espontáneos como pequeños oasis. Te enseña a mirarla con cariño de tierra abandonada que necesita empeño para darnos todo lo que tiene soterrado. Ella que dicé: Busco la mano segura/y el corazón como un pino.

Vida y obra

Celia Viñas Olivella nació en Lérida el 16 de junio de 1915. Se licenció en filosofía y letras en la Universidad de Barcelona. En las oposiciones a cátedra obtiene el número uno y elige Almería donde toma posesión el 1 de marzo de 1943. El día 8 de septiembre de 1953 se casa con el almeriense Arturo Medina, y muere el 21 de junio de 1954.

Bibliografía. Publicadas por ella misma tenemos las siguientes obras. Trigo del corazón (poesía) Almería, 1946. Canción tonta en el Sur, poesía, Almería, 1948. Estampas de la vida de Cervantes, (prosa), Madrid, 1949. Palabras sin voz, Alicante, 1953. Su única obra en catalán es Del foc e la cendra, Mallorca, 1953. Entre las obras publicadas después de su muerte por Arturo Medina, tenemos: Como el ciervo corre herido, Almería, 1955. Canto, Madrid, 1964. Plaza de la Virgen del Mar (teatro), Almería, 1974. El primer botón del mundo (cuentos), León 1976, y Poesía Última, Almería, 1975.

UN día caluroso del mes de junio, en el Caserón del Sacramento, me proponía el filósofo Eugenio D'Ors: «Pinta a Celia como una pitonisa, en una caverna junto al mar, suelto el pelo, la boca entreabierta al dictado de un humo que sale por la rendija de una roca». La veía el Maestro como una sibila de los antiguos: «he aquí la Déléphica». Y en su «Novísimo Glosario» («Arriba», 1 de julio 1947) pregunta a esta «vocera de la epifanía de los indalianos»:

«De cuál geológico estrato surten tu gracia y tu furia?... No debes llamarte Celia, Nómbrate más bien: «Teluria»

Telúrica y zelásica considera Eugenio D'Ors a Celia Viñas Olivella, sin percatarse entonces que por su cuerpo, nombre y apellidos era un ser vegetal, una simiente que había enraizado en nuestra tierra seca.

«Los iberos emborráchanse con cierto breva que llaman «Celia»; Plinio nos dice que es una voz española, aplicada a una bebida que se hacía de trigo, echándolo en infusión a modo de cerveza. Por esto Celia cereal de Ceres, la mítica diosa madre, titulaba su primera obra almeriense «Trigo del corazón» por no decir «Celia del corazón», como ofrecimiento, entrega vegetal al desierto y a la frialdad mental de aquella Almería de la posguerra y los racionamientos.

Por no haber comprendido ni gustado el título de esta obra de Celia, el profesor Valbuena Prat —con obsesión lorquiana— nos dice en sus «Palabras cordiales a modo de prólogo»: «Lo de menos es el título «Trigo del corazón», lo demás la llamada melódica de la inteligencia hecha verbo y sonido».

A Viñas Olivella le gustaban las

uvas y los niños, las olivas, el pan caliente con aceite de oliva y las chaquetas a cuadros. Más que catedrática sentíase en Almería maestra rural. Achaparrada, como una clueta con sus polluelos, se escapaba a los montes los días de fiesta, rodeada de sus alumnos, los que solían llamarla, cariñosamente, «la señorita Celia». Su pedagogía tenía sabor a tomillo, flor silvestre, aire libre.

Yo criticaba a Celia su excesiva dedicación a la pedagogía: «Tienes que hacer tu obra sobre todo» le

decía, y yo no sabía cual tenía que ser su obra; sólo creía que, muchas veces, sólo doméstica, crea insípidos seres urbanos, educados, corteses y tara en cambio la rebeldía del genio creador.

Una pederastía provinciana, de fariseos tradicionales, engolados, no veía bien esta apertura campestre y torcaz de Celia. La cultura oficial decimonónica y nefasta, consideraron la necesidad de controlar a Celia y al Movimiento Indaliano. Un día el gobernador García del Olmo (1945) con-

vocó a los intelectuales locales para la creación de un «Ateneo» oficial, regido por consignas del momento, y concitar así a los indalianos que, reuniéndose en las tabernas de los barrios habían llegado, atrevidos, a los cafés céntricos de la ciudad. Al no aceptar como años después se consideran «observadores extranjeros», se produjo una reacción, con trabajos anónimos en la prensa.

Para ello recurrían a la calumnia y se valían del arma más pérfida de que se valen los hombres de letras. La denigración, el desprestigio, atacar el honor, atribuir lo que no se ha dicho o palabras que nunca se pronunciaron. Desde la trastienda de la Biblioteca Municipal, se maquinaban siniestros planes para la eliminación de los

indalianos, llegando a la denuncia, a autoridades a la fía y nombres falsos, a los centros de enseñanza.

El profesor Jean Sermet, en «L'Espagne du Sud», decía: «Almería han aparecido un número imponente de genios precoces pintores y poetas de larga melena fundadores del «indalianismo» movimiento de vanguardia, o **fauves** que desprecian a los burgueses».

Celia me escribía: «En espíritu siempre seremos presencia». Tú has dicho. Y además es verdad, tú fueras un pintor renacentista yo la hermana de un cardenal ¡menudo se armaba con la presencia de espíritu! Y aún me usando el juego de palabras...

«Aunque el punto de pesimismo que asoma entre tus palabras duele como la vida en mi «Viento levante», Almería no es anchura como Castilla. Bueno. Ya veremos. Desde lejos, en el espacio y en el tiempo, lo que tú hagas y lo que yo haga se multiplicará. Además ya un día —no sé cómo— escribiré un buen libro y tú pintarás un cuadro de **ruído**. ¿No te das cuenta de que estamos en la primera madurez? Estamos cansados, tú por el taller y yo por la pedagogía, y no podemos juzgar de nosotros mismos.

«Yo creo en tí casi de una manera apasionada. Como en un atardecer niense si quieres. Y también creyendo en mí a pesar de mis inocencias y mi cariño a lo deleznable que siempre quiero redimir. ¿No es así? Podríamos quedarnos solos en Almería, y no obstante, trabajaríamos. Y quizás mejor. Porque somos buenos y sobre el pecado satánico del monólogo y la delirio dual de paraíso del diálogo, preferimos la hermandad de la palabra en una comunidad de seres que pueden entendernos y pueden entendernos. Ahí está tu gracia y mi gracia. En la pedrada de los

CELIA VEGETAL



El congreso fundacional de Pechina (Almería)

CELIA Y ALMERIA



Una intervención famosa en la tertulia indaliana

HOY Almería se llama Celia. A los treinta años de su muerte, Almería se llama Celia. Cinco días después de cumplir treinta y nueve años, Celia moría aquí junto a nosotros, entre nosotros. Había nacido en Lérida el 16 de junio de 1915. De sus treinta y nueve años, algo más de once fueron para Almería. Sólo once años. Sólo once ceñidos, medidos, injustamente no continuados años. Mas, en su efímera trayectoria, tan intensos, tan arrebatados, tan pródigos, que no es fácil a partir de su época entender Almería sin Celia. Ni tampoco —con mayor y contundente evidencia—, a Celia sin Almería. Almería y Celia. Celia y Almería. Transfundiéndose mutuamente en honduras y certezas.

Celia midió Almería, a su llegada, con parámetros isleños —ibicencos— y mediterráneos, y la interpretó con literaturizada óptica. Era lógico, no preparada aún para el encuentro verdadero y el abrazo.

De 1943 es su visión —la primera— de una Almería de acuarela, fluida en espumeos de cristal de brisas marineras. Todavía no es su Almería. Pero ya la presente, ya la tiene a la vuelta del camino. De inmediato. A los pocos meses, en 1944, el posesivo le irrumpe imperativo, rotundo, en sus versos. No es aquella Almería distante, ajena, sino **mi Almería**. Celia ahora, al intensificarsele lacerante, su interioridad, y decantarla, hace a Almería acorde —y recipitaria— con su propio, punzante estado de alma: «Mi corazón, Señor, desnudo y seco, como

Almería en soledad, sobre esta Almería del abandono y del aislamiento, Celia desgranó sus amores y desvelos. Y esta Almería, en respuesta ofrendó a Celia descansadero y desasosiego, para el espíritu con turbado. De ahí, sus alabanzas e imprecaciones —agónicas de tanto dolerle Almería—. De ahí, sus labios quietos, incapaces para el canto. De ahí, en fin, la sumisión entrega al sacrificio. Como se nos refleja en uno de sus más tremedados y, a la vez, más enternecidos poemas que escribió Celia acerca de Almería. Traspuesta a renunciaciones místicas, Celia anhela su inmolación con tal conseguir para Almería la transrealidad liberadora:

*Y hay en mi corazón tanta ternura,
que este doble latido de mis pulsos
si encontrara el camino de las fuentes
para esta sed de siglos fuera vano
fuera cascada sobre el polvoriento
muerto.*

Permanentemente Almería, Almería del llanto —madre tierra en el desamparo—, y también Almería novia, piropeada y angelizada en nana inolvidable. De la «Terra maldita que agoniza» a Almería de la «dulce certidumbre de frescura recatada». Violenta desvalida Almería, ocre o blanca Almería, la de los montes yermos o la del aire delgado en las azoteas, una múltiple Almería, insistentemente —cuerpo y sueño— Celia. En sus versos, en sus novelas, en su teatro, en sus artículos,



en la primera exposición indaliana del Museo Arte Moderno de Madrid.

tes y en la negativa de los pulpos cuando canta el gallo corriendo alboros». ¡Muchas alabanzas!
 Celia, toda entusiasmo, alegría y esta, tuvo momentos de dolor en Almería, en esa Almería que tanto necesitaba familiar e íntima: era una mujer de veintidós años, en una ciudad lejana. «No puedo más, me marme dijo un día con lágrimas en los ojos. ¿Y a dónde vas —le pregunté— y a quien dejas tus hijos?... Y fueron sus alumnos que me maban los que le defendieron en la sociedad almeriense y el conocimiento nacional de su obra, por las figuras más prestigiosas de la intelectualidad indaliana, Eugenio D'Ors, Gerardo Diego, Guillermo Díaz Plaja, etc. y la valoración internacional de los indalianos (The New York Times, 1947), lo que la retuvieron, que lo indaliano «no era una moda, sino una actitud, una gestación nueva manera de ser y pensar» que el pueblo empezaba a adoptar adoptando su signo —el signo— para toda manifestación

us conferencias y en sus carismas. En sus modos y en su habla. En su vida toda. Y almeriense y indaliana — en la hora del tránsito del tiempo.
 El amor con amor se paga. Igual entonces, Celia —impulsada de voluntades— aupa de nuevo voluntades, avienta indolencias y canchales, abandera lealtades, comparte su pan y comulga con la amistad de sus alumnos. Asombrado poder de convocatoria. Ingrosa capacidad para deshacer el olvido y convertir en relativa presencia los recuerdos.
 En emocionada, voluntaria simplicidad, el «yo» colectivo afecta otra vez con Celia. Apues otra vez por Celia. Y dan fe de su decimiento, de admiración, fidelidad a una mujer que fue de le y troquel de estilo y de conchas. Almería vuelve a gravitar en un acto de amor alrededor de un —solidaria— tan abundante generosamente lo derrama.
 Estamos seguros. Cuando todos hayamos desvanecido en la definitiva sombra, persistirán floreciendo en Almería los almendros de sus cerros, proseguirá «Celia» abordable y se mantendrá lleno el habla de su nombre. Fenecerán, perecerán las cosas, más in perdurables sus palabras. En Celia, nunca el final. Sí, para el principio y la estela sostenida. Mientras nuestros hombres van proclamando, musitando, la gloria de su voz, Almería siempre continuará llamándose Celia.

Arturo Medina

de progreso, frente al inmovilismo.
 Un día descubrió Celia, en la antigua «Urci» —El Chuchte— a un hombre de nuestra tierra, al Maestro Arturo Medina. ¡Saltaba como una chota enamorada! A poco es invitada la tertulia a participar en un acto cultural en Vélez Rubio, en ocasión de fiestas. Y acudimos: un acto en el Teatro del Marquesado, una corrida de toros, una peregrinación al «Santuario del Indalo, la cueva de Los Letreiros». Pero Celia había advertido. Más claro, marcó esta firme imposición: «Yo no voy si no va Arturo». Y así fue que, por primera vez, por orden de mando, acudiera con la Tertulia, a un acto indaliano el profesor Arturo Medina, no sin antes objetarle a Celia: «Nos quieres imponer lo medieval, la carta de un rey de la Tabla Redonda». Y se rid mucho.
 Celia estaba cambiada, notábamos un retornar de su confianza por Almería, un mayor entusiasmo, una gran alegría de vivir. Escribía a Diego Antonio Casanova: «Las rambblas andaluzas nece-

sitan un cantor trágico y las adelfas otro, o el mismo, naturalmente. ¡Cómo me gustaría arañar lo genial y levantar Almería a una verdad artística, de verdad de las buenas! Que lo supiera todo el mundo: Almería es hermosa»...

«Hay en mi corazón tanta ternura, que este doble latido de mis pulsos si encontrara el camino de las fuentes para esta sed de siglos fuera vaso, fuera cascada sobre el polvo muerto»

Un día Celia se marchó, no voy a decir cómo; no lo comprendemos.

Y quedó en la sociedad de Almería un regomello, un extraño complejo de culpabilidad. ¿No se había portado bien con quien tanto les amaba, a quien tanto debían? Al entierro, que se iniciaba con un gran indalo de flores que portaba Tadea Fuentes y otra alumna, se incorporó toda Almería, y se cerró el comercio y la taberna y el café... había muerto la poesía hecha carne, entre nosotros.

No dejó muchos poetas entre sus alumnos. Los poetas, según dicen, son los que hacen las revoluciones. Sus discípulos fueron principalmente profesores, pedagogos, catedráticos, educadores... ¡Aquellos niños que iban con ella al monte por romero y amor!

Lentamente volvió a resucitar «lo decimonónico» soterrado, la cultura oficial, los intentos de colonización, una civilización para nuestros salvajes, dirigida desde arriba por una pedagogía comprometida, los papanatas... y el Ateneo. Y la cultura escondida en su raíz agraria, «cultivo produjo en el lirico azahar de nuestros naranjos, una endemia llamada por los hombres de la tierra: Tristeza.

Jesús de Perceval



Apuntes sobre una muerte presentida

POR los años cuarenta llegó a una Almería, pequeña, dolorida reseca, ausente, muerta al mar y al sol. Había nacido —Celia Viñas— en Lérida, tierra fría de Cataluña, y pronto aprendió el Mediterráneo en Mallorca y las letras en Barcelona.

Reciente estaban la Universidad, los conciertos, las conferencias, las exposiciones. Ahora —número uno de su oposición— Celia había elegido el instituto de Almería. «Era paradójico —decía Luis Ubeda— que una catalana-balear o mallorquina-catalana, viniera a enseñar nada menos, que la Gramática y la Literatura de Castilla a gentes andaluzas».

Así fue. No quiso ni Teruel, ni Lugo, ni Cartagena, ni Calatayud ni Huesca.

Allá por 1.935 había escrito sobre Andalucía:

«La tierra gime, tiene un chirrido falto de riego, falto de verde, falto de pájaros, falto de viento»

Almería era parte de esa Andalucía intuida, ahora al alcance de sus inquietas manos. (Tenía la vida en sus manos. Unas manos sonoras que trazaban en el aire inmensas interrogantes...)

Venía a recrear la Andalucía de su poema de 1935. Tenía prisa por vivir y era consciente —desde el primer momento— que venía a sembrarse, recrearse y morir...

«En el desierto de tu angustia mansa mi palabra en simiente de ternuras»

Atrás quedó su Mallorca,

«Raíz oscura, firmemente anclada a una rota y lejana serranía que bajo el mar esconde su agonía y su estirpe de cuna desgarrada»

La cautivaron nuestras tierras —paisaje inédito— y quiso sembrar sobre ellas palabras de esperanza:

«Donde sueñan las rocas sin ventura, sembraría gozosa el alma mía para brotar gozoso de verdura».

«Su cátedra —según Diego Antonio Casanova— viraba fácil de la columna del diario y la revista al micrófono; de la tertulia de un salón a la jira a un castillo; de la conquista de una sierra a la contemplación de un río».

Llegaba joven y vibrante, «vena del volcán —en fase d'orsiana— arrastrando llamas y pedruscos, fenómenos cósmico». La interrogante la guardaba en el fondo último de su alma:

«¿Donde, di, Señor? ¿Dónde, di? sed tengo.

¿Dónde tus claras fuentes, tus besos de agua...? ¿Dónde?».

Eran recuerdos, vivencias tal vez, de una mística que explicaba en el aula de forma inigualable. Inevitablemente vivía la fría presencia de un fin cercano:

«Y un día yo moriré, moriré de cara al cielo, pensando en los cerros grises y en los amigos que fueron».

allá, donde los cerros grises, donde los amigos, allá estaba la muerte agazapada. Su voz ronca de sales y soles la pregonaba en el poema:

«Toma mi voz, Señor, y que mi muerte sea tu alegre mensajero al sol»

Celia tenía prisa. Urgía llenar un paréntesis. Como vino a sembrarse, siempre se sintió unida a la tierra; su voz era de tierra, su tez de tierra, y barro su lágrima sobre la tierra.

«Donde el hombre se tiende sobre el polvo y riega su mirada en las raíces del árbol del mañana, ¡ay! agonía del corazón de barro sobre el barro».

También escribió:

«¡Danzar sobre tu tierra es tan hermoso! ¡dormir sobre tu tierra es tan sencillo! y morir, Señor, ¡tan decidido!»

Celia había venido a Almería a sembrarse —madre, maestra, amiga— y a morir. «Morirse, Señor, ¡Tan decidido!». Fue un 21 de junio, recién muerta la primavera, ahora hace treinta años, cuando volvió al hermoso sueño sobre la tierra.

«¿Sabéis? Odio las manos cansadas de los sepultureros.

que me entierren cuatro niños cantando un romance viejo.»

Como un fuerte viento de Poniente había llegado su fin junto a una esperanza de maternidad frustrada. Cuando siguiendo azules y mediterráneas singladuras, había llegado desde su Mallorca «firmemente anclada», sus ojos, de muerte escondida, habían intuido las «claras fuentes del Señor». Pensó en los cerros grises y se sintió semilla gozosa de lejana verdura.

«Todos mis sueños pájaros en vuelo sobre los pinos futuros y ciertos

de tus bosques del mañana, mi Almería. Si mi muerte te dá un árbol, muero.

¡Qué dulce la muerte mía sobre tus desnudos cerros!»

Tu palabra —Celia— simiente de ternura, vaga por los cerros de tu Almería, todavía pendientes de su mañana nuevo.

José Fernández Revuelta

UNOS POEMAS...

En la recomposición de la figura de Celia Viñas no podemos prescindir de al menos tres de sus facetas que más le caracterizan: su magisterio integral, su sentido religioso, su maternidad frustrada y el amor por la tierra almeriense. Reproducimos un poema de cada uno de esos temas.

Frustración maternal

1.- La vida vacía...
Un cielo sin nubes, sin sol ni alegría,
huérfana de pájaros, sin fe ni protesta,
sin día de luto ni goce ni fiesta,
va la caravana de mis días fríos
por campos vacíos.
Y mis ojos secos por no haber llorado
y mis labios mustios por no haber besado,
son los compañeros de mi vida inerte
vida que no sabe de Amor ni de Muerte.

FUSION CON LA TIERRA ALMERIENSE

Se me muere esta tierra entre las manos
con vocación de luna deshajada,
cementerio de cumbres, tierra dura,

donde sólo las rocas sueñan sangre
y los barrancos húmedos de axilas,
adelfares sobre esta inmensa tumba

de la tierra maldita que agoniza,
piedra que masca piedra y bebe piedra,
polvo que cubre polvo y polvo muere.

Y hay en mi corazón tanta ternura
que este doble latido de mis pulsos
si encontrara el camino de las fuentes

para esta sed de siglos fuera vaso,
fuera cascada sobre el polvo muerto.



La religión en lo cotidiano

Me sentaré junto a una fuente.
Estoy junto a una fuente.
Tus heridas, Señor,
y destila la miel de tus heridas.
Gracias, Dios mío.
Por tu luz y por tu sombra,
por tu verdad y tu justicia,
por tu pájaro y Gabrielico.
Por el agua y el pan,
Tadea y mar.
Por Mari Sol que vuelve por mis palabras que pueden parecer bonitas.
Por Almería y mi cruz,
por Helena y Bustos -limpios- bien engendrados.
Por la canción de cuna,
por Pedro y mi madre,
por la victoria de Samotracia y Shakespeare.
Por la espiga y la armónica,
por mis hermanos
y sus matrículas y sus sueños,
por un jersey que van a hacer
y uno que me están haciendo.



HOMENAJE DE OTROS POETAS

CELIA VIÑAS Y ALMERIA

A este limpio «Espejo del mar» y a sus gentes,
nadie ha sabido decirles lo que tu privilegiada,
humana pluma les ha dicho
con inspirada facilidad asombrosa.

Si, elegida; si, compenetrada; si, nuestra mejor
cantora; algo insospechado en aquella vocacional,
recordada profesora, carismática naturaleza
venida de otras tierras.

De espuma, sol y aire cada verso —¿Voz de angel
poeta?— nos retrataste el alma, nos descubriste
legítima esencia; de aquí originaria gracia,
a través del tiempo eco propagado e infinito,
hasta tu poesía no registrado duende
en folio alguno.

Blanco, azul, ocre, verde, gris, del almeriense,
provincial complejo sus colores; ser, habitación,
entorno, a cuanto acertado concepto artístico-social,
exaltación y brillantez sonora diste.

¿Cómo, entonces, pagarte todo eso?
¿Con qué rica moneda no acuñada todavía?
Tan espléndidos queremos ser contigo, y con todos...
Celia, tú bien supiste comprenderlo.

Ni siquiera nos parece tener algo para tí
que lo merezca.
Sólo un trozo del inmaculado cielo propio,
si es posible, podemos ofrecer a tu memoria.

José-Eugenio Núñez

SONETO DE AMOR SIN AMOR

Todo lo encuentro aquí, sobre este puente.
Ante la noche sola y tan crecida.
Aquí, tu talle en flor, la luna er-
guida,
dejando ver el agua y su corriente.

Aquí supe la fe y el aliciente
de la ilusión en toda su medida.
Aquí fuimos de ayer, en otra vida,
que hoy no ve mi dolor y no lo siente.

¿Cómo volver a tí y en qué momento,
si bajo la quietud grave del hombre,
cruza y reside ya su desaliento?

Porque mi amor se fue, tu amor se ha ido
y mi mejor palabra, que es tu nombre,
aún grita desde el fondo del olvido.

Manuel Faura Soriano

ACTUALIDAD DE CELIA VIÑAS

Muchos no la hemos conocido por razones de edad, pero hemos oído hablar de ella a familiares o a representantes de la vida cultural almeriense. Es manifiesto que Celia era, mejor dicho es, algo muy nuestro: aquella profesora de literatura sincera y tierna, de pelo recogido y mirada profunda que paseó por Almería su vida y su docencia en bicicleta fue una de esas personas que iban por delante de su tiempo. Católica sincera, comprometida con la cultura, fumadora a ratos, iconoclasta, cercana con los alumnos, son los trazos que nos ayudan a siluetear su figura y personalidad.

Y hasta aquí los rasgos y los tópicos. Es muy fácil decir hoy, en 1984, lo que le hizo a Celia ser lo que fue, y lo que le hizo también padecer cortapisas, envidias y murmuraciones mezquinas. Por esto celebramos en esta semana su memoria, y ojalá que nadie adúltere este acontecimiento, dejándose llevar por el sonsonete del merecido Homenaje, que muchas veces es la tapadera de aquello que nos cuesta reconocer y que no estamos dispuestos a afrontar. Porque, claro, ya que hablamos de Celia Viñas en pasado, podríamos hablar también de Celia Viñas en presente. En vez de adorar la escayola, podríamos quedarnos con el molde. Pero eso ya no sería un Homenaje, sino un Homenaje consecuente.

Celia Viñas es actualidad sí. Rascando un poco en sentimientos respetables pero finitos de los que la conocieron, hurgando en la huella que dejó en sus alumnos, analizando las poesías que se le desbordaban, es fácilmente comprensible que esta inigualable mujer es un reto para los enseñantes de hoy. No un «modelo-a-seguir» como ha sido tanto difunto mediocre, sino un camino que consiste en considerar la Cultura y su enseñanza como un medio de progreso y de liberación de pueblos y/o individuos, no como una mera reproducción de conceptos, sino como una empresa común de conocimiento.

Para el colectivo docente, convertir este Homenaje en Homenaje consecuente pasa por esgrimir un talento abierto que bien pudiera empezar por saber escuchar a los alumnos cuando, motivados por algún tema, sientan la necesidad de hablar y expresar su criterio.

Pasa por considerar la Enseñanza como una legítima y racional continuación de conocimientos, teniendo en cuenta que el más importante de ellos es que el hombre avanza, cambia y critica, porque si no dejaría de ser hombre.

Pasa por crear amistad entre profesor y alumno, sin que esto signifique vulneración de funciones, ya que el alumno se da cuenta pronto de si el profesor que domina su asignatura tiene intención de «complicarse la vida» buscando medios para hacerse entender. La amistad, por vía del entendimiento, produce respeto, un respeto que no es miedo, sino mutua complementación debido a que el alumno es consciente de que en el profesor que va a clase no sólo a «enseñar» sino a «compartir» conocimientos, encontrará un apoyo seguro para su formación. Por eso habrá de respetarlo sin que nadie se lo diga.

Y sobre todo, Celia Viñas es un camino que significa conocer al alumno para poder llegar a él y saber de qué modo hay que usar un instrumento tan aséptico y tan modelable como la pedagogía. Es lamentable que tantas veces los profesores vivamos en Júpiter, los alumnos en Venus y nos juntamos en la Tierra para dar clase: así de lejos estamos, así nos conocemos y así vivimos en la ¿misma? sociedad. Es un fariseísmo hiriente echarle la culpa a los más jóvenes de los problemas derivados de la droga o la delincuencia cuando no hay trabajo para ellos, los que manejan el negocio de los alucinógenos no tienen veinte años precisamente, y nadie se ha tomado la molestia de preguntarle ¿qué piensas tú de lo que podemos hacer

ante tante mugre?, ¿para qué crees que te sirven estos conocimientos a los que tienes acceso?

Dar clase, en fin, en la ciudad —y en las aulas— en que Celia lo hizo, significa tomar conciencia decididamente de que es muy poca cosa lo que los profesores tenemos entre manos: el talento, la mentalidad y la actitud social de las generaciones futuras. Los cual no es nada si lo comparamos con el apartamiento, el coche nuevo, el prestigio, el orgullo de ser profesor, etcétera, etcétera, etcétera.

Hacer Homenaje a Celia Viñas es recordarla, sí, pero también mirar al cielo un segundo y hablar con uno a solas esperando hablar con Dios algún día: más de una vez lo haría ella como A. Machado; volver a clase no a enfrentarse con los diablillos, sino a compartir lo mucho o lo poco que se sepa, a entrar en el aula sabiendo que no nos escuchan los bancos sino seres humanos que no piensan como nosotros y han de expresarlo porque tienen derecho (después resulta que, en el fondo, muchas veces sí piensan como nosotros). Así se puede comprender que profesores y alumnos tengan una tarea común: Saber. Y si no caen en la cuenta los segundos hoy, caerán mañana si con un talento abierto y amigable a algún profesor se le ocurre recordarles lo que apuntaba Pedro Salinas: «La sabiduría no sirve para mucho si no se pone al servicio de la fraternidad». Es decir: Si quieres hacer algo justo en tu vida, empieza por participar de la cultura.

Pero, y es un pero muy grande, no podemos abordar estos objetivos de un modo paternalista. Hay que potenciar los medios institucionalizados para la participación del alumnado, hacerle comprender que él es el dueño de su destino; y que sólo tendrá éxito en este fin si ahora aprende a tener hambre de saber, de indagar, si ahora es capaz de aprender a aprender.

Para no seguir escondiendo la cabeza bajo tierra, y despotricar sin más contra los porristas, los inadaptados, los rebeldes insopportables eternamente descontentos, convendría empezar a preguntarnos ¿qué hacemos para luchar contra la apatía de tantos y crear ilusión por la cultura?, ¿qué estamos haciendo a parte de reproducir conceptos sin plantearnos muchas veces para qué les sirven o cómo les sirven a los que los reciben por primera vez?

A estas alturas alguno se preguntará con cierta sorna ¿cómo ser de carácter abierto explicando raíces cuadradas? Se le podría responder ¿se puede ser relativista siendo científico? Pero no hay que llegar tan lejos: no se trata de relativizar el magisterio del profesorado (que hay que hacerlo, pero inteligentemente y en Facultades universitarias), sino de relativizar la seguridad con que algunos se creen en posesión de la verdad. Ya sabe: por aquello de que la duda es el camino de la certeza. Es más importante enseñar a dudar, que enseñar un concepto como inalterable pero que después resulta que es relativo. Si separamos lo objetivo del placer que se siente el poserlo ¡qué sorpresa nos llevamos al comprobar lo poco que se parecen! Ese «placer» para el Diccionario de la R.A.E. puede ser sinónimo de «orgullo», y la Moral nos lo puede traducir por «soberbia». Con estos instrumentos que nadie pretenda que los alumnos se muestren interesados por los logaritmos neperianos, la Revolución Francesa, la poesía de Vanguardia o los Derechos humanos.

HOMENAJE A "CELIA VIÑAS"



Dibujo de Leopardo Anchoriz del Libro "Trigo del Corazón"

Almería, Marzo 1984

Es necesario, insisto, en una actitud razonablemente abierta del profesorado para conseguir una actitud receptiva en el alumnado. Sólo esta camino puede coadyuvar a integrar en un proceso social estable al joven acuciado por los problemas arriba apuntados. Sólo así va a poder elegir el camino de la cultura, que es el camino de la posibilidad de conse-

guir una sociedad justa para todos.

Aquella mujer cuya fecunda huella conmemoramos ahora, no creo que nos dijera hoy a sus colegas algo muy distinto de un lema que para unos puede ser intolerable, para otros ácido y para todos amable: «Todo para el alumno pero con el alumno».

Francisco Martínez Navarro

UNA ESTUDIANTE DE MAGISTERIO

Desde hace unos años, sabía, por el prólogo de Arturo Medina a Poesía última, y por el archivo, que Celia, siendo ya catedrática del Instituto de nuestra ciudad, realizó los estudios de magisterio.

El que se hiciese maestra, en sus circunstancias peculiares, siempre me pareció un hecho curioso, a la vez que un gesto significativo. Sin embargo, no le presté atención, y pasado ya un tiempo de mis investigaciones sobre Celia, me creí en la obliga-

¿Por qué Celia Viñas se hizo maestra? Sólo unas palabras al respecto ya que el objeto de estas líneas es otro. Arturo en la obra citada al principio, dice que lo hizo para ayudar a Elena de Dios, alumna y colaboradora de Celia en sus años de estudiante en el



ción de indagar esta faceta de nuestra poetisa. Gracias a la amabilidad del personal de Secretaría, hace unos días conseguí consultar su expediente completo que, con el número 49, se encuentra en la, actualmente denominada, Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de E.G.B.

Instituto y que ahora realizaba los estudios de Enseñanza Primaria. No estoy ni a favor ni en contra de tal aseveración. Creo, no obstante, que tuvieron que existir razones más profundas.

Celia, en primer lugar, se consideró siempre maestra y adoraba

dicha profesión. Para ella «el maestro debe entregarse al niño sin reservas, ni cicaterías. La intuición infantil advierte claramente el teatro, la trampa y el horario profesional...». Cree que «para el maestro la ley suprema es el amor, el amor a la vida como acción, al niño como porvenir...». «Tuvimos amiga, madre y maestra» —palabras de Elvira Cuadrado. Además, su constante inquietud, pedagógica le llevaría a interesarse por una serie de materias —pedagogía, prácticas, música, — que no estudió en la Universidad y las creería útiles para su profesión. En fin, su padre fue Maestro, y después Profesor de Escuela Normal.

Pero, volvamos a su expediente. Presenta la instancia, con fecha 28 de septiembre de 1946, en la que expresa su deseo de «verificar los estudios de Magisterio, plan 1914 en concepto de Bachiller, en la convocatoria de junio próximo, y necesitando para ello inscribirse en las asignaturas de Prácticas de enseñanza que determina el Decreto de 10 de Febrero de 1940, las cuales va a realizar en la Escuela Nacional de Niñas Preparatoria del Instituto de Almería, que dirige la maestra Doña M.ª del Carmen Rodríguez Martínez...». En otra instancia —30 de abril de 1947— solicita matrícula gratuita «por pertenecer al Ministerio de Educación Nacional y ser hija de Profesor de Escuela de Magisterio» para examinarse en junio de Pedagogía 1.º y 2.º, Historia de la Pedagogía, Religión 1.º y 2.º,

SECRETARIA DEL			
Escuela Normal del Magisterio Primario de Almería			
Hoja de Estudios del alumno			
El alumno <u>Celia Viñas Pineda</u> hija de <u>Lorena</u> provincia de <u>Jaén</u> el día <u>16</u> de <u>Junio</u> de <u>1915</u> .			
El alumno de ingreso, obtuvo la nota de <u>70</u> de <u>100</u> Repitió este examen en <u>1946</u> de <u>1946</u> el <u>19</u> de <u>1946</u>			
ASIGNATURAS	EXAMENES	PROBADO	
ACAD. NOTAS	Calificación	Calificación	
1942-43	Pedagogía 1.º 2.º	Notable	Notable
	Psicología 1.º 2.º	Notable	Notable
	Religión 1.º	Notable	Notable
	Religión 2.º	Notable	Notable
	Música 1.º	Notable	Notable
	Música 2.º	Notable	Notable
	Caligrafía 1.º	Notable	Notable
	Caligrafía 2.º	Notable	Notable
	Latín 1.º	Notable	Notable
	Latín 2.º	Notable	Notable
	Latín 3.º	Notable	Notable
	Latín 4.º	Notable	Notable
	Latín 5.º	Notable	Notable
	Latín 6.º	Notable	Notable
	Latín 7.º	Notable	Notable
	Latín 8.º	Notable	Notable
	Latín 9.º	Notable	Notable
	Latín 10.º	Notable	Notable
	Latín 11.º	Notable	Notable
	Latín 12.º	Notable	Notable
	Latín 13.º	Notable	Notable
	Latín 14.º	Notable	Notable
	Latín 15.º	Notable	Notable
	Latín 16.º	Notable	Notable
	Latín 17.º	Notable	Notable
	Latín 18.º	Notable	Notable
	Latín 19.º	Notable	Notable
	Latín 20.º	Notable	Notable
	Latín 21.º	Notable	Notable
	Latín 22.º	Notable	Notable
	Latín 23.º	Notable	Notable
	Latín 24.º	Notable	Notable
	Latín 25.º	Notable	Notable
	Latín 26.º	Notable	Notable
	Latín 27.º	Notable	Notable
	Latín 28.º	Notable	Notable
	Latín 29.º	Notable	Notable
	Latín 30.º	Notable	Notable

Música 1.º y 2.º, Labores, Prácticas de enseñanza 1.º y 2.º y Economía Doméstica 2.º y 3.º. Parecida instancia realiza en 30 de abril de 1948 para Música 2.º y Labores 1.º, 2.º y 3.º.

Todas estas asignaturas aparecen en su hoja de Estudios con sus calificaciones correspondientes. En todas obtiene sobresaliente, salvo en Labores 1.º, que es notable.

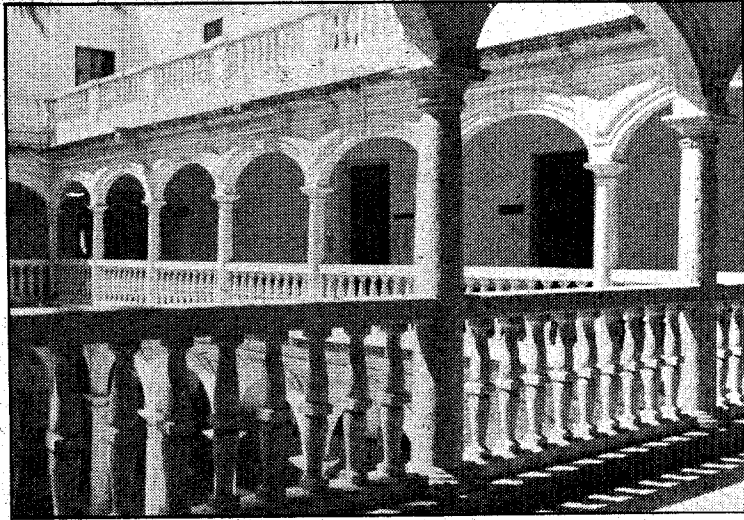
Además de los documentos detallados anteriormente, nos encontramos con el Certificado Médico, Certificación Académica del Instituto de Palma de Mallorca y la Instancia solicitando el título de Maestra de Primera Enseñanza.

Francisco Galera Noguera

VIVIR EN EL RECUERDO

A veces se confunden emoción y recuerdo, porque evocar a Celia es volver a vivir antiguas e inolvidables fronteras del corazón. A veces el recuerdo de Celia se mezcla con la Almería que ella nos enseñó a amar por encima de la costumbre, y, en parte, ya perdida: era la Almería de las azoteas, de las casas de dos plantas, de los sonolientos pregones, de las playas solitarias, del pesear lento y del hablar sin prisas. En otras ocasiones se me cruza con la adolescencia vivida en los últimos años de bachillerato con compañeros irrepetibles y bajo su liderazgo; o con aquel par de años servidos en el Instituto por mí como ayudante interino de prácticas, de carácter gratuito. Porque todo aquel tiempo estuvo empapado de su magisterio y nos sentíamos entonces, por encima de muchas cosas, sus alumnos.

Pero la memoria más fija va limitada a momentos precisos, a fotografías, a viejas cartas. Celia acompañada de don Francisco Sáiz en la puerta de la capilla del Instituto (hoy Escuela de Artes). La nueva profesora estaba siendo informada puntualmente de las minucias del Centro. Sonreía y asentía mientras la observábamos curiosos los que después seríamos sus discípulos. Poco a poco en la clase, el vigor de su voz, la capacidad de convicción de sus explicaciones, aquel entusiasmo comunicativo de sus lecturas en alta voz, hicieron de su asignatura la más interesante. Este fue quizás el



secreto de su magisterio: lograr interesar al alumno en la Literatura, incitar lecturas posteriores y personales en las que oíamos resonar en nuestro interior la voz de Celia.

Otros momentos claves para mí fueron la repetida ceremonia, casi ritual, de acompañarla paseo arriba hasta su alojamiento. Aquello constituía una prolongación de su clase en nuestro deseo una ocasión que ella no desaprovechaba. Entonces nuestras mínimas anécdotas se literaturizaban por el milagro de su comentario, devol-

viendo en flor de poesía las experiencias adolescentes, emparentando nuestro entorno vital con los autores explicados y por explicar. ¡Admirable profesora, con el Paseo del Príncipe por aula!

Un tercer recuerdo son las pequeñas reuniones en el hotel o en nuestras casas. En ellas Celia tocaba la armónica, no olvidó un cuaderno bolsillero, en que apuntaba las piezas de su repertorio. Celia tocaba la armónica o nos leía versos. Celia escuchaba, comentaba, discutía, o se arrinconaba para repensar a lápiz sobre papeles,

casi inaprovechables, sus poesías. Allí galleábamos nuestras convicciones juveniles, nuestros primeros tanteos literarios, mientras ella replicaba, asentía, puntualizaba. Y todo ello sin oficio ni sistema, a corazón abierto para enseñar.

Fotografías de Celia. Hay en algún entrañable álbum familiar un retrato de Celia en la azotea de la antigua consignación de Mac Andrews y Cia. —en la calle de Gerona—. Celia inconscientemente observa una postura deliciosamente profesoral. Es del año en que llegó a nuestra ciudad, con sólo seis meses de ejercicio. En esta fotografía mira casi de perfil y sonriente a un alumno, como si lo tuviera «sacado a la pizarra» y sin perder de vista la tierna algarabía de las hermanas Cuenca las muchachas más adorables de la Almería de entonces— que manipulaban la máquina. Porque Celia nunca dejaba de ser profesora, ni abandonaba una suerte de maternidad espiritual que fue su característica.

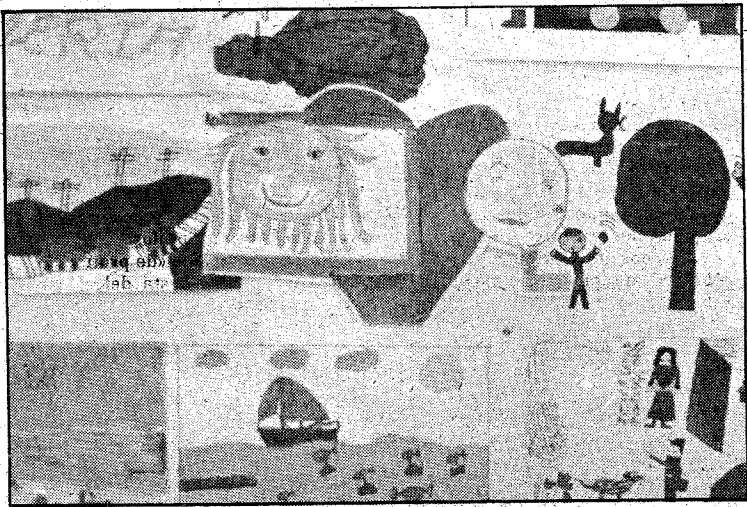
En mi cuarto de trabajo, conservo una fotografía que se hizo para la Agencia Efe a raíz de su accesit al premio de Literatura de la Real Academia. Me la regaló cuando vine por vez primera a ejercer mi profesión en Huércal-Overa. Su dedicatoria dice así:

«Que tu Instituto te sea amor de Dios, hoy compañera de vocación, tu maestra siempre. Celia». ¡Tu maestra siempre!

Pero el rasgo que más perfila y perpetúa su recuerdo lo constituyen sus cartas. Cartas de letra apretada y firme, de prosa encendida, espléndida y casi poética. ¡Hermosas cartas de Celia! El mundo de su magisterio nos volvía a enlazar desde Almería. Cartas que curaron muchas soledades de los primeros cursos universitarios. Por ellas sabíamos del mundo que dejábamos fuera de nuestras casas, por ellas nos atábamos a las nuevas amistades que surgían entre el alumnado de las siguientes promociones, de todos los que ella lamaba su equipo adjunto. Largas cartas en que seguía su docencia en forma epistolar. Su palabra escrita elevaba también a categoría estética el mundo de sus clases y nuestro mundo. Era un juego de dignificación literaria en la que entrábamos lo mismo ella que nosotros. Y luego estaban las cartas desde Mallorca, la otra cara de la luna, el mundo que desconocíamos de Celia. Y telegramas de textos originalísimos. Y tarjetas postales, muchas veces con versos, con un soneto, como aquel, que tantas veces he recordado tras su inesperada muerte:

Este adiós tan sencillo me desvela, este decirte adiós sencillamente...

Gabriel Espinar López



si, porque la palabra en ella tenía ruido y misterio. Tras unas palabras de recuerdo y agradecimiento a Arturo Medina, terminó su intervención «el biógrafo de Celia» con esta frase: «Este instrumento de impulsología que soy —carta de Celia a Perceval— sin vosotros no hubiera encontrado materia, ocasión, circunstancia, mundo en fin...».

Habló, en segundo lugar, Jesús de Perceval, centrando su intervención en cómo se unió Celia al Movimiento Indaliano, la amistad personal que tuvo con él y lo que ella representó en aquel mundo literario, artístico y cultural, dentro de una Almería que no los comprendía y que no sabía asimilar sus ideas progresistas y reno-

como Almería; de la pérdida que supuso para nuestra ciudad su incomprensible muerte. Terminó con una original metáfora sobre la tristeza de los naranjos aplicada al vacío que dejó la desaparición de Celia.

El contertulio Agustín Melero, presentado como los demás por Galera, nos rememoró cómo conoció a la señorita Celia en la playa, enseñando presas de lucha a sus alumnas y de su gran afición a las excursiones. Para él Celia tenía una cultura universal, así como un gran conocimiento de la psicología infantil. Como experto astrónomo ve a Celia como «una estrella binaria», o sea como profesora y como poeta. Los alumnos tenían confianza, amistad y respeto, se sentían agusto en su clase.

Afirma Melero que le gusta la poesía de Celia y que influyó en un libro que él también escribió sobre la infancia. Le iba a poner el prólogo Celia, pero, al morir, no pudo ser. Por eso dejó en blanco esas páginas y decidió no editar la obra. Cuenta una serie de anécdotas sobre Celia y referidas a su familia. Alaba la sencillez demostrada con el hecho de mandarles una tarjetilla agradeciéndoles el regalo —un paraguas— que le hicieron como regalo de bodas.

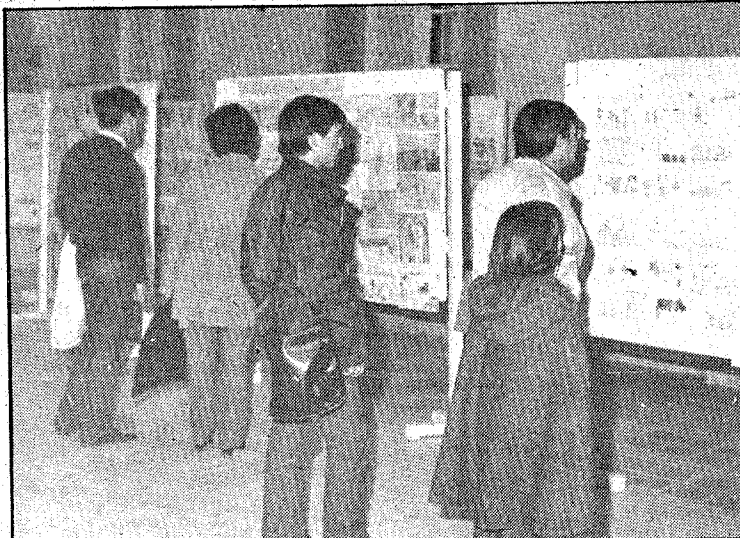
José Andrés Díaz, gran amigo de Celia, dice que sería interminable hablar de Celia. Lo ha hecho con muchas personas y en muchos sitios. Recuerda cómo conoció a su familia con motivo de una conferencia que pronunció en Mallorca. Se lamenta de que en Lérida —su lugar de nacimiento— sea totalmente desconocida.

pasado viernes, lugar de confluencia de muchas de las aspiraciones, afanes, amistades y logros de la poetisa homenajeada.

Tras el informe cultural habitual, tomó la palabra Francisco Galera para desarrollar el tema de «Celia y los indalianos». Hizo un documentado recorrido de lo que es el movimiento y los contactos que Celia tuvo con él. Desde el Congreso de Pechina hasta al presentación en Madrid, donde tuvo una destacada intervención que admiró a los presentes, especialmente a Eugenio D'Ors quien dijo de ella: «La voz sabe a pan, a polvo de carretera, a higo sediento, a uva de piel gorda, caliente de resoles. ¿Y la palabra? Eruptiva y donosa, restallante como un látigo o espiraleante como una caracola, la palabra de Celia salta entre botones sin tránsito, como en el desangrarse de una herida». A partir de este encuentro se consolidó el grupo, así como la amistad de Celia con Eugenio d'Ors. De tal manera que lo que «allá, por el año 1943, era —en palabras de Celia— un paisaje de naufragio», refiriéndose al ambiente espiritual de Almería—, «ahora, gracias a los indalianos, el ambiente de Almería es una atmósfera cálida, pero respirable...». De gran interés fue la carta que leyó Galera en la que Remedios Casamar cuenta a Trina Mercader la intervención de Celia en Madrid: «Yo no sé qué prodigios hacía con la palabra. La gente estaba admirada; nadie se revolvió. Se la oía hablar porque

¿De cuál geológico estrato surten tu gracia y tu furia?... No debes llamarte Celia: Nombrate más bien: «Teluria».

Recuerda el fundador del Movimiento las cartas que recibió de Celia y cómo lo animaba en sus actividades. El le decía: «estás demasiado entregada a la pedagogía, debes escribir, crear más». Habla del calor que encontró con ellos, al encontrarse lejos de su familia en una ciudad pequeña



ACTOS CULTURALES EN TORNO A CELIA

La idea del homenaje nació en el Instituto que precisamente lleva el nombre de Celia Viñas. Un grupo de entusiastas jóvenes, bajo la dirección de la profesora —entonces alumna— María Moltó, comenzaron a reunirse periódicamente tratando de coordinar todas las iniciativas. Al término de varios encuentros se confeccionó el programa que aparece hoy en todos los lugares públicos. Con dibujos de Anchóriz se da cuenta de una larga serie de actos que van desde la exposición de dibujos hechos por los niños de los colegios hasta la colocación del busto realizado por Perceval pasando por exposiciones de pintura, tertulia indaliana, conferencias de Gabriel Espinar, Francisco Galera y Fernández Revuelta. Los actos del homenaje culminarán con un recital tanto de poemas propios de Celia como de los poetas jóvenes que han querido sumarse. Por último, la Banda Municipal de Almería dará un concierto en el patio del Instituto.

Como un acto extraordinario, que ya ha tenido lugar, debemos reseñar la tertulia indaliana del

**CÁRITAS
CON TODOS**

CON LOS PARADOS